

Investigación y sociedad: dos caminos separados

JOSE ANTONIO MARTÍN-PEREDA

Las fechas son solo marcas que ponemos para tener constancia de que pasa el tiempo. Pero que acabe un año o decenio no implica que concluya lo pasado y se inicie una nueva etapa. Puede ocurrir, ocasionalmente, que ambas cosas coincidan. Pero no suele ser lo usual.

Así, el decenio de los ochenta no finalizó el 31 de diciembre de 1989. La fecha que, al menos en nuestro país, deberá tomarse es la del 28 de diciembre de 1993. En ese día es seguro que pasaron muchas cosas, pero la más significativa fue la que implicó la muerte de un modo de entender la vida que había sido el emblema de muchos años. En ese día se demostró que había acabado la que se designó, en términos coloquiales, como la *cultura del pelotazo*. Algunos años antes, de forma más paulatina, había desaparecido la moda de la *posmodernidad*. Antes, también en nuestro país, se había desvanecido lo que se conocía como la *movida*. Los *yuppies*, género que habíamos importado de los países anglosajones, dejaron de tener relevancia al principio de los noventa.

Poco a poco han ido desapareciendo modos de pensar que no habían sido, ahora se ha demostrado, más que frágiles bambalinas que sólo ocultaban tras ellas el vacío. La pura actuación había llegado a ser, por sí sola, el único fin. Era una espiral que no conducía a sitio alguno, salvo a estar en ella. Ella era su propia meta. Se había tomado la moda como punto de referencia. Una moda que podía abarcar desde lo que se entiende usualmente tras ese nombre, con su parafernalia de etiquetas y tópicos, hasta la idea de hacer lo que todos hacen. De los países desarrollados no llegaron múltiples patrones que seguir. Se nos acercó la idea de fortunas aparentemente fáciles, conseguidas sólo a base de comprar y vender. Nos llegó la cultura de la imagen en todas sus vertientes, desde la que pe-

netraba a través de cualquier medio siendo ella su único fin, a la que trataba de envolver una actuación cualquiera para intentar justificarla. Gracias a ambos patrones se llegó a *entender* la realización de operaciones turbias, siempre que quien las hacía fuera un personaje habitual de las revistas.

Y en la industria y la técnica ocurrió lo mismo. Sólo era válido lo que se hacía cuando todo el mundo lo hacía. Sólo tenían sentido las industrias cuya actividad se pudiera enmarcar dentro de un epígrafe que las catalogara como de *alta tecnología*. Un empresario podía obtener créditos con gran facilidad sólo etiquetando a su producto final con el nombre de *producto innovador* o de *tecnología punta*. Gracias a ello, todo un conjunto de arribistas venidos de los sitios más dispares se introdujeron en campos antaño reservados a especialistas y profesionales. Creyeron que sólo con seguir la moda, con realizar lo que parecía más inmediato, podrían alcanzar la cumbre de manera indefinida y estable.

El 28 de diciembre de 1993 marcó el final de todo esto. En años anteriores, de manera lenta habían ido cayendo muchos de los que habían seguido la anterior norma. Pero ese día, por lo espectacular de las circunstancias, todo lo que había estado latente salió a la luz.

Y ha sido emblemático, también, el día en el que ocurrió: el de los Santos Inocentes. Es como si los años ochenta hubieran sido sólo eso: una inocentada que engañó durante un cierto intervalo de tiempo. Pero de toda inocentada siempre pueden extraerse conclusiones e, incluso, hasta recibir enseñanzas para el futuro.

Leyendo estos días los periódicos he comprendido mejor algunas cosas. Y entre ellas está la importancia de ser profesional en todos los terrenos en los que se actúe. Andy Warhol decía que, en el mundo, todo el mundo será famoso durante 15

minutos. Pero ciertas famas es mejor no conseguir las si, pasados esos 15 minutos, se descubre que detrás sólo existía ese objetivo de ser famoso. El resultado inmediato puede ser importante. Pero sólo lo es de verdad si, al mismo tiempo, se ponen las bases para los resultados venideros.

En ciencia y tecnología debe ocurrir lo mismo. Los aparentes resultados espectaculares de hoy no deben hipotecar el trabajo de mañana. El intentar encontrar logros que puedan proclamarse a los cuatro vientos a los pocos días de haber iniciado un camino no ha sido nunca la forma de trabajo de los verdaderos profesionales de ambos campos, tanto si son sus artificios como si son sus gestores.

Por eso, del decenio de los ochenta, una de las pocas cosas que estoy seguro que se mantendrá en nuestro país, a pesar de sus múltiples fallos y críticas recibidas de todos, incluyendo las de sus creadores, es la política de fomento a la I+D efectuada. No se ha hecho todo lo que se podría haber hecho. Pero se ha establecido una forma de actuar y de pensar que los años venideros no podrán borrar.

No ha sido la *cultura del pelotazo*, la de dar fondos a una única línea para que en ella se obtuvieran logros espectaculares. Ni repartirlos de manera uniforme para que todos estuvieran contentos. Se ha incidido en unos determinados campos, y gran parte de los investigadores de nuestro país saben que, si su labor es de calidad, podrán seguir trabajando en el futuro. Se ha intentado, primero, asentar ciertas bases, y después avanzar con ella. Por primera vez, creo, la investigación en España no ha seguido lo que la sociedad decía y, por eso, la *filosofía del 28 de diciembre* no ha tenido nada que ver con ella.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.